

RESUMEN DE PRENSA

COMENTARIO DE ACTUALIDAD

Ramon Boixareu

En un número anterior de *Cuadernos* se preguntaba que ocurrirá si algún país dijera “no” al proyecto de constitución europea, cuya aprobación requiere el voto afirmativo de todos los países de la Unión. Se trata de una cuestión que la gran prensa internacional, por las razones que fueren, no trató, o trató mínimamente, hasta que algunas encuestas celebradas en Francia, ante el referéndum del próximo mes de mayo, dieran cuenta de la posible respuesta mayoritariamente negativa de los ciudadanos de este país. A partir de ese momento, las especulaciones al respecto se han repetido, sin que pueda decirse que las opiniones expresadas han servido para aclarar las perspectivas sobre el tema. Ahora bien, si la reacción de las autoridades francesas puede servir de orientación, el mundo político europeo ve con un apreciable pesimismo la situación en que quedaría el proceso integrador si el “no” fuera confirmado en el referéndum francés. Según Giscard d’Estaing, se produciría una “crisis abierta” en la Unión. Jacques Delors habló de “cataclismo”. Un alto cargo de Bruselas manifestó que la posibilidad de un “no” de Francia es algo “demasiado horrible para ser contemplado” (*too awful to contemplate*). Tal vez sea lo “horrible” de la perspectiva lo que ha retraído a los posibles comentaristas de los medios difusión que se han abstenido de analizar la cuestión.

“¿Está realmente Francia, arquitecto de Europa, a punto de rechazar la primera constitución de la Unión?” La verdad es que el voto afirmativo ha caído en barrena del 60 por 100 a principios de marzo al 48 por 100 a últimos de ese mes, según una encuesta de Ipsos realizada por encargo de *Le Figaro*. Sin embargo, esta respuesta no puede en modo alguno darse como definitiva. Si lo ocurrido cuando el referéndum francés sobre el tratado de Maastricht puede servir de guía, lo que digan las predicciones es escasamente significativo: cuatro semanas antes del “sí” a Maastricht una encuesta registraba un voto negativo del 52 por 100. Entre

otras cosas, una mayor participación podría, también ahora, significar una victoria del “sí”.

Ahora bien, acierten o no las encuestas que se están celebrando en la actualidad, lo que sí muestran las predicciones es que el “no” en Francia es una posibilidad real, que puede explicar y justificar la campaña a favor del “sí” que han emprendido los políticos franceses del partido en el poder. La respuesta de las encuestas podría muy bien ser una protesta contra el gobierno actual presidido por Jean-Pierre Raffarin. El paro se sitúa por encima del 10 por 100; el crecimiento es débil. Cientos de miles de manifestantes han tomado las calles recientemente, algunos escándalos han lastimado hace poco la imagen de algunos gobernantes, etc. Por otra parte, ha estado aumentando el euroescepticismo. Este sentimiento, en el pasado, era casi una exclusiva de los líderes y de los seguidores de la extrema izquierda y de la extrema derecha. Una gran mayoría del país se sentía satisfecha con la integración europea, la cual suponía una protección frente al declive, una reafirmación del modelo social común en una gran parte del Viejo Continente y el fundamento de la paz.

Tal satisfacción parece estar en vías de desaparición, y no pocos piensan que Europa es cada día más una amenaza. Ahí están —dicen— la propuesta de liberalizar los servicios, la cual, por obra de Chirac, quedó de momento archivada; o la posibilidad de que Turquía llegue a ser miembro de la Unión, etc. Sobre todo la propuesta de liberalizar los servicios pareció molestar en Francia, donde se interpretó como una señal de los incontenibles progresos “ultraliberales”. Por otra parte, la perspectiva de la incorporación de Turquía a la Unión, contemplada entre la ciudadanía francesa como otra muestra de la transformación de la UE en una poco convencida confederación, carente de ambición política y alejada de los principios que animaron la creación de la Unión europea.

Por cierto que, como señalaba *The Economist* de 26 de marzo, el nuevo eurocepticismo francés se sitúa en el polo opuesto de la variedad británica. Este último no se dirige contra Europa, simplemente, sino contra la Europa antiliberal. Además —se podría añadir— este se conformaría con la existencia del mercado único. El francés es más dramático, en el sentido que tiene un aire de resentimiento por ir acompañado de no pocas renunciaciones y por ser los cambios que tienen lugar fruto de influencias de fuera.

También *Le Monde* se ha ocupado, por fin, de la posibilidad de un “no” francés en el referéndum que ha de celebrarse en Francia el próximo mes de mayo. *Le Monde* parece entender que ese “no” provisional de las encuestas se debe principalmente a la Francia rural. En un editorial aparecido en su edición de 24 de marzo, titulado *Ingratitude Paysanne*, el periódico parisino, apesadumbrado, preguntaba: “Los agricultores franceses, ¿van a renegar mañana de lo que adoraron hasta ayer?”. Y prosigue: “Los sondeos y las críticas que se han oído en las *campagnes* contra Europa, contra su orientación liberal, pueden conducir a pensar que el mundo agrícola (*paysan*) está tentado a votar «no» en el referéndum sobre el tratado constitucional”. Esta posibilidad desespera al editorialista de *Le Monde*.

La agricultura, junto con la pesca, es el sector más integrado en el marco comunitario. La más elemental decisión de un gobierno debe recibir la conformidad de la Comisión para ser aplicada. Es también la Comisión la que negocia con la Organización Mundial de Comercio. Es en Bruselas donde se fija diariamente el nivel de las ayudas a la exportación, las tasas de tolerancia en los pesticidas, el detalle de las normas de higiene para el bienestar de los animales.

De todo lo cual se derivan verificaciones y notificaciones que desesperan a los agricultores y ganaderos.

Durante cerca de medio siglo la agricultura ha representado la mitad del presupuesto europeo, habiendo Francia recibido el 20 por 100 del total, y esto tanto en la Europa de los 6 como en la Europa de los 15. Por lo demás, el presupuesto de la PAC está “santificado” hasta 2013.

Sería, pues, una prueba de egoísmo —concluía *Le Monde*— que los europeos les reprocharían muchos años, si los agricultores franceses dijeran “no” en el referéndum sobre la constitución.

“¿Qué ocurriría si los franceses votaran definitivamente «no»?”. Así de claro planteaba la cuestión Wolfgang Munchau en un largo artículo aparecido en *Financial Times* de 4 de abril. Se podía haber pensado —decía Munchau— que los líderes políticos tenían un plan para el caso que se produjeran contingencias como la del “no”, pero, por lo menos que yo sepa, tal plan no existe. Por lo cual se explica que un alto cargo de la Comisión al que se le preguntó “¿qué pasaría si...?”, respondiera sin pestañear: *too ayful to contemplate*.

“Según la ley de la UE, la constitución requiere la ratificación por todos y cada uno de los 25 miembros de la Unión para que pueda entrar en vigor. Aunque sólo uno de los países miembros dejara de ratificarla, permanecería vigente el Tratado de Niza, que contiene el marco de actuación actual de la UE”.

Ahora bien, “comparado con un «no» francés, un «no» británico sería casi trivial”, decía Munchau. Según un miembro del Centre for European Reform, con sede en Londres, un “no” británico podría dar lugar a la formación de un núcleo europeo (*a core Europe*) constituido alrededor de Francia y Alemania, lo que daría lugar al aislamiento del Reino Unido. Una Unión Europea sin Gran Bretaña es imaginable. Un Unión sin Francia no lo es.

Sea como fuere, —dice también Munchau— no es descabellado pensar en la formación de una agrupación de Francia, Alemania, España y Bélgica, países que coordinarían así las políticas económica y exterior. La condición de miembro del grupo se adquiriría sólo por invitación, y podría no formar parte de él alguno de los 12 países que integran la zona euro.

Otras cosas que se han aventurado sobre esta materia es la posibilidad de reducir el proyecto de constitución actual dejándolo en un simple tratado, que en ningún caso se llamaría constitución, aunque tendría el mismo contenido que el texto actual de ésta. Esta solución podría facilitar su aprobación por los parlamentos nacionales, sin necesidad de acudir a referendums, aunque tal solución pudiera considerarse deshonesto y no democrática. Si el electorado francés rechaza el proyecto constitucional actual, rechazará su contenido, no sólo su forma.

Diversification. Pudo pensarse, hace escasas semanas, que ese vocablo, “diversificación”, se convertiría en la palabra de moda en el mundo de la economía. Diversificación de las reservas en activos extranjeros en poder de los bancos centrales

de diferentes países. He ahí como iba a emplearse o como se ha empleado ya. En realidad, las primeras veces que la palabra vio multiplicado su uso lo hizo en el sentido de que muchos bancos centrales, sobre todo asiáticos, incluidos los de Japón y China, más el de Rusia, e incluso el de Suiza, iban a reducir sus reservas en dólares o en bonos del Tesoro norteamericano, lo cuales serían substituidos por divisas de otros países, especialmente por euros.

Dicho de esta forma, las informaciones que se divulgaron al respecto podían producir un impacto peligroso en el mundo financiero. Las cosas, sin embargo, cambiaron de aspecto cuando, uno tras otro, dichos bancos centrales hicieron saber que lo que pensaban hacer no era en modo alguno vender parte de las reservas en dólares sino incluir eventualmente en los futuros incrementos de las reservas de activos nominados en monedas distintas del dólar que ofrecieran un mayor rendimiento que los emitidos por el Tesoro de Estados Unidos.

Las informaciones que se propagaron en el primer sentido, que empezaban a hacer pensar en posibles turbulencias y en una mayor y brusca caída

del dólar quedaron en un susto sin efectos apreciables. El dólar no sólo no se despreció sino que siguió experimentando ligeras revaluaciones. Éste, después de haberse acercado al cambio —máximo hasta ahora— de 1 euro = 1,38 dólares hace dos o tres meses, pasó a ser de 1 = 1,30 durante algunas semanas, hasta situarse y moverse muy ligeramente alrededor de 1 = 1,28 en los últimos días.

En cualquier caso, resulta de interés dejar constancia aquí de una información que recogían algunos periódicos de fecha 8 de marzo —concretamente el *International Herald Tribune*— y según la cual el Banco Internacional de Pagos con sede en Basilea había hecho saber que “los bancos asiáticos, incluidos los bancos centrales de la zona, habían reducido la proporción de sus reservas (*deposits*) en dólares, a favor del euro, el yen y otras monedas”. Esto había ocurrido, según el BIP, el tercer trimestre del año pasado.

Por lo que se refiere, en fin, al futuro del dólar, podría ser válida la opinión que ofrecía un número reciente de *Newsweek*: “Todo el mundo parece creer que el dólar seguirá cayendo. He ahí una buena razón para pensar que no lo hará”.